

de los principales lugares en la casa de Israel: Obligado à ceder à las religiosas instancias del Obispo Valerio, y de todo un Pueblo, admirador de sus virtudes, y talentos, se sienta Augustino en la Silla de Hipona: sabía que en las guerras que se declaran à la Fè, qualquiera Catolico es Soldado, y que puede tenerse por infelíz, el que no acude à la defensa; sabía tambien, que à los Obispos está particularmente confiada la conservacion del Sagrado Depositó, que éstos son Jueces de la Fé, y debèn vengar sus ultrages: quántas ocasiones se le presentaron à Augustino en el tiempo de su Obispado para exercitar su zelo, manifestar los admirables tesoros de doctrina, y erudicion, que havia adquirido, y usar de las victoriosas armas con que se hallaba adornado? el siglo de nuestro Santo fue el mas fecundo en Heroes, pero tambien me atrevo à decir, que no huvò otro mas fecundo en Heregías, concurriendo todas estas circunstancias à hacer resplandecer mas la gloria, y el zelo de Augustino.

Si el Cielo permite que la verdad padezca algun eclipse, es para que Augustino tenga la gloria de disiparle; si el Cielo permite que sea impugnada la eficacia de la gracia, es para que Augustino tenga el honor de defenderla: si el Cielo permite que la Iglesia amenace ruina, es para que Augustino tenga la dicha de sostenerla; y finalmente, si el Cielo permite, que se levanten nuevos cismas, y nuevas heregias, es para que Augustino las impugne, y extermine: oíd, Señores, sus combates, ò por mejor decir, escuchad sus victorias.

La Iglesia, y particularmente la de Africa se hallaba por aquel tiempo combatida de crueles borras-

cas; la heregia hacia en todas partes horribles estragos; triunfaban los Donatistas, aquella secta invencible por su ostinacion, peligrosa por su furor, y considerable por su multitud; aquella secta, que para poder rechazar mejor la nota de escisma, havia establecido furtivamente en Roma un Pontifice, como si bajo la sombra de aquel falso Pastor pudiera apropiarse la comunion, y sucesion de la Silla de San Pedro. La Iglesia llama à Augustino en su socorro, y pone en sus manos sus intereses, y su defensa: Augustino acude prontamente al lugar del combate; habla, escribe, disputa, y aunque no tenga el consuelo de convertir à los mas rebeldes, y obstinados, à lo menos los confundirá, y confirmará à los flacos en la Fé: en unas partes triunfa del impuro Joviniano, que con el especioso pretexto de ensalzar la dignidad del Matrimonio, intentaba desterrar del mundo la santa virginidad: en otras confunde à Maximino, y Feliciano, que procuraban encender el fuego del Arrianismo, que todavia no estaba bien apagado; por ultimo, nunca acabaria, Señores, mi discurso, si quisiera nombrar todos los Hereges contra quienes peleó Augustino: basta decir, que quedando victorioso contra todas las heregias, tuvo el consuelo de ver espirar para siempre el Arrianismo, y sus Sectarios.

Pero me parece, Señores, que echais menos el mas glorioso combate de Augustino, y el triunfo que consiguió contra Pelagio: convengo desde luego, Catolicos, en que olvideis todos los triunfos que hasta ahora ha conseguido nuestro invicto Santo; las victorias que hasta ahora os he referido no han sido mas que ensayos de su zelo, y de su valor; la

gloria de este combate nos hace olvidar de sus anteriores triunfos: se levanta en la Iglesia de Dios una nueva heregia, cuyo Padre es Pelagio, que tiene por discipulo al artificioso Celestino, por defensor al famoso Juliano, por cuna à la gran Bretaña, y por victimas las Gaulas, y la Italia, heregia tanto mas alhagueña, quanto mas lisongea la independència de la voluntad, y la sobervia de nuestra naturaleza: heregia tanto mas peligrosa, quanto mejor sabe disfrazarse, y que con mil sofismas, y engañosos discursos, casi eclipsa la verdad, aun para los ojos mas perspicaces: heregia de las mas impías, pues contenta con la Ley, y los Profetas, hace inútiles para la eterna salud los tesoros de la Redempcion, y las riquezas, y auxilios de la gracia victoriosa de Jesu-Christo: heregia la mas perniciosa, pues afecta la mayor sumision, al mismo tiempo, que con mas insolencia levanta la vándera de la revelion.

Pero llegó el tiempo de que se manifestasen sus ardidés: ¡qué confusión para el Heresiarca! Jesu-Christo, y su Gracia van à ser vengados de los ultrages que de él han recibido: Augustino hace ver al impío Heresiarca, que la causa de estar el hombre sujeto à la muerte, es el pecado, y no la naturaleza; que haviendose propagado la culpa de nuestro primer Padre à todos sus descendientes, no pueden éstos conseguir la salud, no siendo reengendrados en las Sagradas Aguas del Bautismo: le hace ver, que si en nuestra propia naturaleza se hallara el principio de nuestra justificacion, como él se atrevia à afirmar, ni tendríamos que agradecer à Dios, porque nada deberíamos à su misericordia, ni estaríamos sujetos al Sér Supremo, porque no dependeríamos

mos de él, ni tendríamos motivo para humillarnos, porque la gloria de nuestras buenas obras sería propia nuestra: ni tendríamos tampoco necesidad de orar, pues con nuestras propias fuerzas podríamos llegar à la consecucion de nuestro fin: finalmente, persiguiendo Augustino à aquel Heresiarca hasta dentro de sus mismas trincheras, le hace patente, que siendo todos los hombres pecadores por naturaleza, no pueden justificarse sino por medio de la Gracia del Redemptor; que aunque es verdad que la gracia sería inútil para el hombre, sin el consentimiento del hombre, el hombre sin la gracia no puede justificarse: que la gracia es à un mismo tiempo poderosa, y afable, poderosa porque sujeta à los rebeldes, y afable porque con su suavidad atrae à los hombres; que es propiedad esencial de la gracia adelantarse à nosotros para dar principio à las buenas obras, y mantenernos, para que acompañados de ella, las perfeccionemos; que no podemos alegar excusa del mal que practicamos, porque despreciamos la gracia; que debemos ser humildes en el bien que hacemos, porque la gracia es la que nos le hace obrar: que el decir, que el hombre puede obrar sin la gracia, no es ensalzar su valor, sino entregarle à su propia flaqueza; y finalmente, que al hombre se le dá la gracia, no para debilitar su libertad, sino para suplir su impotencia.

Estos fueron, Católicos, los mortales golpes, que Augustino dió al Pelagianismo: pudiera añadir à las ilustres victorias que consiguió nuestro Santo contra el cisma de los Donatistas, y el error de los Pelagianos, el triunfo que alcanzó su libro de la Virginitad contra Joviniano, y su tratado de las tres

Divinas Personas; contra Maneés, y Feliciano: ¿pero quién puede ignorar, que Augustino quedó siempre victorioso de todos los enemigos contra quienes peleó?

Os parece, Señores, que nuestro Santo se puso à descansar à la sombra de estos laureles? No por cierto; su zelo nunca conoció descanso; ya le habeis visto ocupado continuamente en levantar, y fortificar los muros de la santa Sion, en rechazar los asaltos del enemigo, en poner en seguridad el sagrado deposito de la Fé, ahora le vereis santamente ansioso de todos los trabajos del Obispado, emplear las fuerzas que le quedan en hacer resplandecer la Santidad de la Iglesia, en reformar los abusos, que manchaban su hermosura, y en arrancar las espinas de los vicios.

Pocas veces sucederá, Catolicos, que un Predicador no mueva, y convierta à sus oyentes, si empieza su sermón con suspiros, y le acaba con lagrimas: aquel es mas eloquente Orador, que à imitacion de los Apostoles, y del Dios de los Apostoles, hace lo mismo que dice: de este modo predicaba Augustino: empezó cumpliendo toda la Ley, antes de enseñarla à los demas: humilde, modesto, casto, sóbrio, desinteresado, afable, y paciente, se armó de todas las virtudes para poder hacer oposicion à todos los vicios: de este modo le acompaña la victoria à todas partes; todo se rinde à la sabiduria que habla por su boca: si trata de las virtudes de la Fé, las persuade; si declama contra la intemperancia, mueve à la frugalidad; si fulmina rayos contra la sensualidad, hace amar la castidad; si habla contra el luxo, y los placeres, hace abrazar la

aus-

austeridad, y penitencia; y si exclama contra la dureza de corazon que tienen los ricos para con los pobres, les inspira amor, y compasion de los infelices.

No espereis, Señores, que yo os haga una relacion individual de los copiosos frutos con que Dios honró el Ministerio de nuestro Santo; basta deciros, que su zelo era tan universal, que se estendia à todo: ¿para qué soy Obispo, decia un dia, hablando con su Pueblo, para qué soy Obispo, amados hijos míos, sino para vivir con vosotros en Jesu-Christo? y revestido del mismo amor que Moysés, y San Pablo, proseguia; no quiero salvarme sin vosotros: igual amor, y zelo manifestaba quando se trataba del alivio de los pobres: oid, ricos del siglo, vosotros, que dais à entender que teneis un corazon de bronce, manifestandoos insensibles à sus miserias: Augustino, pareciendole que daba poco, daba todo quanto tenia, porque estaba persuadido à que un Cristiano, y particularmente un Obispo, debe distinguirse de los demas fieles, no por la riqueza de los muebles que sirven de adorno à su casa, sino por el exercicio de su caridad. En su mesa jamas se presentaron aquellos exquisitos manjares que ha inventado la sensualidad, para satisfacer la gula; solo usaba de las viandas necesarias para mantener la vida, y quando mas, permitia algun corto regalo, con motivo de haver de exercer una honesta hospitalidad: nunca usó de sobervios vestidos, con pretexto de mantener el resplandor de su dignidad, ni permitió que le pusiesen otros que fuesen mas ricos, que los que usaban los Clerigos de su Diocesis.

Si me preguntais, Señores, ¿qué hacia nuestro

San-

Santo Obispo de las rentas de su Iglesia? os respondo, que hacia lo que el Evangelio os manda hacer à todos vosotros, con los bienes que os sobran: distribuía todas sus rentas entre los necesitados: contento con repartirlas entre ellos, apenas reservaba una corta porcion para su subsistencia: el juntar riquezas, decia en una ocasion, negando à los pobres su sustento, es ladronicio, y uno de los mas execrables pecados: ¿quántas veces, despues de haver agotado sus propios caudales, vendió hasta los Vasos Sagrados de su Iglesia por remediar las necesidades de los pobres?

¿Pero adónde me lleva el discurso? ¿qué escena tan funesta se presenta, Señores, à nuestra vista! ¿Es posible que el compasivo corazon de Augustino ha de estar reservado para ser testigo de tantas calamidades! ¿ò Dios mio! yo adoro vuestros incomprendibles juicios, pero me parece que no pudo vuestra mano poderosa descargar golpe mas sensible sobre vuestro Siervo; pues ve el campo, que con tantos sudores havia cultivado para gloria vuestra, amenazado de una proxima ruina por la incursion del hombre enemigo.

Ya me parece, Señores, que havreis conocido, que estoy hablando de aquellos funestos dias, en que entregada la Africa al furor de los Barbaros, se convirtió en horrible teatro de las mas estrañas revoluciones: de aquellos desgraciados dias, en que Dios, para castigar las infidelidades de su pueblo, permitió que los Wandalos, despues de haver llevado à todas partes el fuego, el hierro, y la muerte, fuesen por ultimo à poner sitio à la Ciudad de Hipona: ¿qué golpe este, Catolicos, para un pastor que  
ama

ama tan tiernamente à sus ovejas, como Augustino! en esta ocasion, parece que se multiplicaba en otros tantos hombres, como objetos de compasion ofrecia la caridad à su vista: unas veces, como otro Moyses, levanta sus manos al Cielo, mientras Israel pelea contra el Amalecita; otras, exorta à su Pueblo, à que haga dignos frutos de penitencia, animandole, mas contra sus pecados, que contra sus enemigos; otras finalmente, postrado à los pies de los Santos Altares, pide à Dios, envíe contra él solo los rayos de su indignacion, è inutilice los esfuerzos del enemigo, ò que à lo menos, le saque de este mundo, por librarle del dolor de ver, à su Pueblo hecho presa del furor de los Barbaros.

Oyó el Cielo, Catolicos, los ruegos de nuestro Santo, y à fines del tercero mes de sitio, Augustino, aquel Pastor tan compasivo de las miserias de sus ovejas, como zeloso en instruir las, aquel sabio humilde, aquel Santo, que con la integridad de su penitencia correspondió à la gracia con que su Dios le purificó de sus pecados: *Dominus purgavit*, &c. aquel Santo, que con su fervoroso zelo correspondió à la eleccion que de él hizo el Señor, para que ocupase uno de los mas distinguidos puestos en la casa de Israel: *dedit illi sedem*, &c. aquel Doctor, que puso Dios en su Iglesia, como un muro de bronce, para que la defendiese contra las incursiones de la Heregia; Augustino, modelo de Penitentes, y Obispos, expira cargado de años, de virtudes, y meritos.

Ociosos admiradores de las virtudes de los Santos, ¿no haveis de pensar alguna vez en imitarlos? ¿su eminente santidad, lejos de excitar en vosotros  
una

una santa emulacion, ha de servir siempre de escusa à vuestra cobardia? confieso, que no todos tenemos la fuerza que Augustino, para impugnar las Heresías que se suscitan en la Iglesia, y que no todos somos llamados para ser en ella Maestros, y Doctores, pero todos debèmos, como Augustino, honrar à la Iglesia con nuestra humilde obediencia à sus decisiones, y con la regularidad, y santidad de nuestras costumbres: todos podemos, à imitacion de Augustino, amar à Dios con todo nuestro corazon, humillarnos, y ser caritativos con nuestros proximos.

No nos dejemos engañar, Señores, por el padre de la mentira: contengamonos dentro de las virtudes propias de nuestro estado: nuestra santificación está vinculada à la exacta práctica de estas virtudes: dejemos aquellas disputas en que se acalora el entendimiento, y se entivia la caridad: nosotros somos Christianos, para creer, y para obrar, y no para disputar: pongamos mas cuidado en obedecer à las impresiones de la gracia, que en examinar la naturaleza de la gracia: à nosotros nos basta confesar con la Iglesia, y con San Agustin, nuestra flaqueza, y la eficacia de la gracia; nuestra resistencia, y el poder de la gracia; nuestra indignidad, y lo gracioso de la gracia, procurando hacer cierta nuestra vocacion, por medio de las buenas obras, à las que está prometida la feliz inmortalidad: *Ad quam, &c.*

**FIN.**

